

UNA TUMBA EN CAYAMBE

Vicente Llorca

Escritor

RESUMEN

En 1989 el poeta español Juan Luis Panero escribió un breve artículo sobre su visita a la tumba del empresario y torero toledano Domingo Dominguín. El empresario había muerto en un remoto pueblo de los Andes, en Ecuador. El artículo recordaba el recuerdo del apoderado y la agitada trayectoria intelectual y política de éste hasta su desaparición en el remoto altiplano.

Constituía en cierto modo el fin de una época de la posguerra española y de su ambiente literario y taurino. La obra del propio poeta, junto a su generación, la de los 80, revelaba también el final de un ciclo realista en la poesía y el

surgimiento de una nueva lírica culta y elegíaca. Con el abandono de la anterior literatura social y existencialista de la posguerra en España.

Juan Luis Panero había evocado este final de una época en su artículo. La mención de la lejana tumba en Cayambe era la del final de la generación intelectual de la posguerra española. Uno de cuyos representantes más señalados había sido la familia Dominguín, como toreros, empresarios y actores sociales. La nueva poesía culta de su generación era otro signo más del final de una época de la posguerra española que se cerraba en aquellos años.

NOTA: Este artículo fue publicado en 2013, en el blog *Playa de poniente*. El autor lo ha adaptado para ser editado en *Encuentros en Catay*, 2020.

Era a finales de los años 80. En la revista valenciana *Quites*, editada con todo esmero por la Diputación Provincial, había aparecido entre otros un breve artículo en torno a la muerte del empresario taurino Domingo Dominguín titulado "Una tumba en Cayambe".



Fotografía 1.- Volcán Pichincha desde Quito.
Fotografía de David Adam Kess.

El artículo hablaba de una ascensión a un cementerio remoto. Nombraba después la desolación del viaje: un lugar perdido en el altiplano, la inutilidad del olvido; se situaba en una geografía sin redención posible... En su momento el artículo me impresionó en su nitidez. Tiempo después, no me acordaba del título. Luego, tantos años más tarde, habíamos estado evocándolo en una comida con J., que todavía lo recordaba. J., con su memoria inagotable, nombró de nuevo aquel último viaje al distrito andino del empresario manchego con el torero Curro Vázquez, yerno de Domingo, la corrida de toros en Guayaquil a la que no asistió el apoderado -"Id vosotros. Yo os espero aquí"- y la espera, ya interminable, en el hotel. Al regreso de la corrida les informaron del suicidio del empresario. Lo habían encontrado en una habitación del local.

Antes, había sido el exilio voluntario en Ecuador del mayor de los Dominguín. Habían sido también sus empresas taurinas y de las otras,

su antigua militancia comunista, la generosidad con todas las empresas perdidas. La insolencia, el desparpajo, el desgarró de la época. Las amistades de Domingo Dominguín: su relación con Juan Benet, José María de Quinto, Jorge Semprún, Javier Pradera, Rafael Sánchez Ferlosio o Ignacio Aldecoa... Y el nombre de ese lugar imposible en el distrito de Pichincha que no figura en los mapas: Cayambe.

J., cómo no, recordaba perfectamente el texto tanto tiempo después, y aún podía nombrar su excelencia. Y su absoluta, nítida melancolía. "Una tumba en Cayambe", me precisó, apuntando el título. Del autor no hubo de decirme nada, porque ambos lo recordábamos: el poeta Juan Luis Panero.

En algún lugar de la revista valenciana Juan Luis había escrito: "De un cielo gris y de unas nubes grises caía una interminable llovizna gris sobre las casas y las calles grises mientras caminábamos hacia el cementerio". Y, más adelante: "Nadie se ha suicidado tanto como él. Lejos de su mundo y de su gente, del sol y del toro, a casi tres mil metros en el húmedo altiplano y bajo el volcán, aquella tumba era la certidumbre de la lejanía, el emblemático símbolo del más allá."

Domingo pertenecía a una época ya pasada, ciertamente, y era uno de los nombres de su leyenda. Ahora sabemos que eran otros tiempos. Juan Luis Panero aludía a una mitología de la época que él, por edad y costumbre, había conocido perfectamente. En ella flota, visto desde ahora, un aire constante de desgarró y alcohol, cigarrillos en todas las fotografías, empresas tremebundas, la facilidad de la prosa y un fondo de bodega flamenca y madrugadas feroces. Domingo Dominguín había sido uno de los personajes de aquella representación. Y el poeta recogía en un texto memorable el final de la fiesta, la desolación del escenario cuando la función ya había terminado.

La distancia tiende a olvidar luego la banalidad, los tiempos muertos. De aquella época ya remota de la posguerra, la crónica literaria

tiende a dibujar un paisaje en el que los escritores beben continuamente y continuamente se reúnen en la oscura taberna de la calle Válgame Dios -si se trata del grupo postista, de sus adláteres-, en la tertulia del Hotel Suecia, cuando el catalán Carlos Barral acude a Madrid; se reúnen en las tabernas del río Manzanares donde el novelista García Hortelano tiene su feudo; o apuran el fondo de bodega de los restaurantes *Heidelberg* o *Gambrinus*, los dos locales alemanes de la posguerra en la calle trasera del Congreso, que Juan Benet había recreado, en una memorable evocación de la figura del escritor Luis Martín Santos, en su libro *Otoño en Madrid hacia 1950*.



Fotografía 2.- Tertulia en el café Gijón hacia 1950 (Madrid).

La figura del empresario taurino, comunista y miembro del clan Domingúin, Domingo, surge constantemente en esas páginas. Aparece en otras descripciones del escritor Juan Benet de la época, en las conversaciones y relatos que por medio de Josefina Aldecoa, o de la novelista Carmen Martín Gaité, o de los contertulios ya decrépitos del café Gijón, pudimos oír en algún momento. El cineasta Pere Portabella

ha descrito en algún lugar el aire de aquellos días, las reuniones del clan de los Domingúin en la Cervecería Alemana del barrio de Huertas.

El artículo de Juan Luis Panero se publica en los años 80. Eran otros tiempos, también. Eran fechas en los que aún se podía editar con fondos públicos una revista como *Quités*, con sobrecubiertas ilustradas por el clásico Ramón Gaya, separatas internas y grabados originales de los pintores Alfonso Albacete, Miquel Navarro o Manuel Sáez. O con dibujos del propio Gaya o Richard Serra. Y reproducciones de antiguos carteles y de anuncios de específicos de la España anterior a la guerra. Y que incluía artículos de José Bergamín, Ignacio Sánchez Mejías, Carlos Marzal, Andrés Trapiello, Francisco Brines, Fernando Quiñones y demás.

El tiempo ha transcurrido mal para esta literatura taurina. Heredera de un modelo culterano de la prosa del 27, en un intento de retomar el hilo culto del toreo, su retórica ha envejecido mal. Los juegos de palabras de José Bergamín; el conceptualismo pretendidamente brillante en torno a una actividad feroz y cargada de símbolos como el toreo se leen con fatiga ahora. Curiosamente resisten aún algunos textos narrativos sin pretensiones literarias. En donde figura por ejemplo todavía uno, excelente, que hablaba de la tradición de los banderilleros valencianos y estaba firmado por el crítico José Luis Benlloch. En el que, entre otras cosas, se recogía la fascinante leyenda de *Blanquet*, uno de los mejores subalternos de la historia, el torero dueño de los augurios, y al cual habría de dedicar, entre otros, el escritor Jorge Cela Trulock una atractiva novela corta, “Blanquito, peón de brega”.

(Enrique Berenguer, *Blanquet*, según cuenta la tradición, el legendario banderillero, había figurado entre otras en las cuadrillas de los matadores Joselito *el Gallo*, de Manuel Granero y de Ignacio Sánchez Mejías. Cuenta la leyenda que estando en la plaza de toros de Talavera aquel aciago 16 de mayo de 1920 el peón, aterrado, percibió un persis-

tente olor a cera, que se iba extendiendo por todo el callejón. Advirtió a su matador de aquello. Pero el torero, *Gallito*, salió a torear en la que sería su última tarde, frente al toro *Bailaor* de la ganadería de la viuda de Ortega.

La escena se repite dos años más tarde en la madrileña plaza de toros de la Carretera de Aragón. Blanquet advierte a Granero, el joven espada valenciano, del intenso olor a cera que se cierne sobre la avenida cuando se dirigen por la calle de Alcalá en el coche de caballos. Se habían detenido a hacerse una fotografía. “Manuel, ésta es la última fotografía que te haces”, cuentan que le dijo, sombrío, al torero. Esa tarde el toro *Pocapena* acaba de una cornada con la vida del matador, de la que dijo el novelista Hemingway “Nunca había visto una muerte tan terrible”.

Cuando unos años más tarde el banderillero perciba de nuevo el aciago olor a cera y advierta a su matador de entonces, Ignacio Sánchez Mejías, de aquél, de nuevo no le harán caso. Aquella tarde no ocurrió nada notable en la plaza de La Maestranza y los compañeros se mofaron de la enorme superstición del banderillero. Era el mismo *Blanquet* quien moría, al día siguiente, en el tren camino de la plaza de Ciudad Real).

Es lo que tiene el género histórico: que es uno de los que mejor resiste el paso de la historia. De la prosa del resto, los juegos de imágenes retóricas, de sus peripecias ensayísticas y el afán por la paradoja, apenas se sostiene más tarde nada.

Para el común de los mortales Juan Luis Panero había sido principalmente el hermano oscuro, el más discreto de aquella saga familiar de los años 80 que había iniciado el director de cine Jaime Chávarri con su película *El desencanto*. Seguramente era el mejor poeta de ellos.

Estrenada en 1976 la película tuvo su cartel y su leyenda entonces. Tantos años después uno se pregunta quién podría volver a verla...

En aquel momento tuvo su público. Una familia de la burguesía leonesa, como los Panero, descendientes de uno de los más notables poetas de posguerra, Leopoldo, y relacionados con toda la *intelligentsia* de aquellos años, se dedicaban a destripar los juguetes -la historia privada de la familia- para demostrar que las muñecas por dentro estaban hechas de tela, serrín y alambres. Pasado el asombro del estreno de la película, el poeta Claudio Rodríguez, dueño de un lenguaje castellano nada ambiguo, les escribió: "Sois unos señoritos de Astorga y nada más". Lo mismo, más o menos, había opinado antes Jaime Gil de Biedma, al referirse a Leopoldo hijo como "un señorito sablista de Astorga".

En el estreno de la película la madre, Felicidad Blanc, había tenido el impagable detalle de invitar al poeta Luis Rosales, el compañero íntimo de su marido, a aquél con la encantadora frase de "Ven, Luis, que te va a encantar la película". Ni él, ni ninguno de los antiguos amigos del poeta, volvieron a dirigir la palabra a los Panero.

Era la época del cine de un París tardío, el *Nouveau réalisme*, dedicado al minucioso análisis de lo insignificante... Era el ambiente de banalización de la época. Causó furor en cierta literatura. Inundaba los filmes con mensajes y conversaciones de café sobre cualquier tema, sobre la alienación, fundamentalmente. (Alguien descubría, por ejemplo, que en la trágica relación de los legendarios amantes Abelardo y Eloísa había existido también un momento de hastío -un catarro, un dolor de estómago, algo de barro en las botas- y se lanzaban, como el gran descubrimiento, a desmenuzar en medio del relato memorable y fatal la presencia del lodo como una revelación de lo insignificante).

La *intelligentsia* acudía a ver películas como la lenta y minuciosa *Secretos de un matrimonio*. O la perpleja *El año pasado en Mariemba*, del no menos perplejo Alain Robbe Grillet. O *Blow up*, la tediosa cinta de Antonioni -que más tarde descubrimos, no sin cierto asombro, que

había sido extraída de un excelente relato de Julio Cortázar- que figuraba en la lista de películas de culto. O la saga interminable de filmes españoles en los que todo lo que sucedía era el tedio de la tarde aburrida de un individuo tedioso...

De la película *El desencanto*, sobre los niños y la madre Panero -bastante tediosa también- surgió una generación avisada a la que le había sido revelado el hastío de una familia, y la impudicia de la *gauche divine* de aquellos años.

La familia Panero pasó, de alguna manera, a formar parte del imaginario oscuro de la década. Y personajes como el *maldito* Leopoldo María -buen poeta a ratos- o el ocioso Michi parecieron en algún momento compartir algo de su intimidad con todos aquellos que la habían descubierto una tarde, en el cine.

Entraban dentro de la apoteosis de la banalidad. (“Nada ocurre, dos veces” había descrito el crítico Vivian Mercier el estreno del *Esperando a Godot*, de Samuel Becket, emblema del teatro del absurdo de la posguerra europea).

Al cabo de bastantes años el director Ricardo Franco quiso filmar una segunda parte de *El desencanto*. Juan Luis Panero se negó a participar en ella. Se había desmarcado hacía tiempo de una mitología madrileña del malditismo en donde sus dos hermanos figuraban -junto a personajes como Eduardo Haro Ibars o Carlos Castilla del Pino, de los que nadie recuerda ni un solo texto- como actores legendarios de un relato nocturno que incluía respuestas feroces, borracheras sin cuento, una perenne insolencia y lugares de culto como el garito *La Vía Láctea* en el barrio de Malasaña, el café *El Universal* en la acera de la calle Fernando VI o las noches del bar *Cock*, donde siempre se encontraba alguno de ellos, y tenían la mesa de enfrente de la barra reservada además.



Fotografía 3.- La familia Dominguín. Fotografía de Martín Santos Yubero.



Fotografía 4.- Domingo Dominguín en casa de su hermano Luis Miguel. Fotografía Martín Santos Yubero.

Más allá de las noches del *Cock*, de Juan Luis Panero nos llegó de pronto algún libro de poemas, editado en la impagable Renacimiento, la editorial sevillana del bibliófilo Abelardo Linares.

Pertenecían a un innegable *aire de época*. De dónde surgía aquella poesía culta, escéptica y cargada de citas de pronto... Cómo aparecía, recogida en la célebre antología de J.M. Castellet, -la de los "*Nueve novísimos poetas españoles*" de 1970- aquella poesía literaria, elegíaca y memoriosa en medio de todos aquellos años...

Frente al relato oficial de la posguerra, alguien había decidido que el poeta más legible de toda la nómina de la Generación del 27 había sido al fin el menos metafórico, el menos reconocible de ellos: Luis Cernuda. Al que en tiempos otros habían desdeñado con la etiqueta de "un poeta inglés traducido al español". Los jóvenes poetas de pronto habían revelado estar en posesión de una exquisita cultura literaria -más allá de los homenajes oficiales, en Madrid o en el París "de la resistencia", a los autores de la *literatura del compromiso*- y descubría que sus lecturas habían sido el T.S. Eliot del siglo XX, Ezra Pound en Rapallo, Cesare Pavese, Drieu de la Rochelle, Salvatore Quasimodo, Giuseppe Ungaretti o la tradición lírica del romanticismo europeo que en su día ya había traducido Cernuda: a Keats, a Heine y a Shelley. Y sobre todo la lectura del griego Constantino Kavafis, del que en su día el poeta José María Álvarez había publicado una excelente -e imaginativa- traducción.

El modelo del tiempo absorbente, la relación con un tiempo y un lugar -la historia española, el recuerdo de la guerra civil, la oscura pesadumbre de la Europa de posguerra- habían sido postergados de pronto. Y en su lugar surgía un relato -que alguien calificó como post-histórico- del instante. Fragmentario, interrumpido, azaroso.

Frente a la ruptura de los grandes nombres -el hombre, el pueblo, el progreso, la historia- surgía en su lugar un relato arbitrario, cuyo único

interés era una narración literaria y ejemplar. De los demás, en forma de cita o alusiones a los personajes y lugares de la historia de la cultura. O autobiográfica, en forma de narración de la memoria personal y de sus instantes.

Juan Luis Panero los había conocido a todos ellos. Había coincidido con el Luis Cernuda del exilio en Londres -alguien habló de una vaga relación del sevillano con Felicidad Blanc, la madre del poeta, altamente improbable, por otra parte- y con T. S. Eliot, al que definió como "un educado espantapájaros".

(...) mi padre y aquel educado espantapájaros, sentados en sus butacas de cuero, hablando en aquel extraño idioma, en el 102 de Eaton Square, Londres 1947.

Pero también había alcanzado a Jorge Luis Borges y a Octavio Paz. Y a Salvatore Quasimodo. Y la casa de la calle Velintonia, el santuario de peregrinación de aquellos años en el barrio de Cuatro Caminos, donde el poeta Vicente Aleixandre recibía siempre a los que hasta allí se asomaban. Y a Joan Vinyoli en Barcelona. Y a Pepe Bergamín frente al Palacio de Oriente. Y a Anton Pavlovich Chejov -a quien encuentra imaginariamente en un poema-. Y a Calvert Casey, que acaba de morir. A Jorge Gaitán, en Bogotá. A Francisco Brines, con quien coincide en Sevilla. A la memoria de Alfonso Costafreda. A Carlos Barral, en Roma. A Bioy Casares en Buenos Aires. ... Y a su padre, Leopoldo Panero, en un homenaje póstumo en la reedición de sus poemas.

La Historia, la tiranía del tiempo y sus grandes nombres, se habían roto. En su lugar quedaba este relato de fragmentos y de nombres significativos. Los demás no cuentan. El fervor por el tiempo inmenso, cotidiano, de la banalidad y su interminable exégesis -al modo de las tediosas memorias de un Jean Paul Sartre, santón de la época y de los centones interminables del tedio- se habían quebrado. En su lugar, el

instante, aislado y sin más referencias; las figuras -cultas- del significado.

Y un relato personal que se inscribe en esta teoría del fragmento y el azar, del momento del sentido frente a la permanencia del hastío, el aburrimiento.

En la poesía de Juan Luis Panero sólo existe un género: el de la elegía.

El relato en segunda persona es uno de sus procedimientos -lo había practicado, entre otros, de forma memorable, el Luis Cernuda de *Ocnos*. (O el de *Peregrino*, más tarde).

"Ahora puedes mirar, con la acuciente intensidad con que se mira aquello que ha de perderse para siempre, la casa, la cansada escalera que subió tu niñez (...)" enunciaba en el poema "Última visita a Manuel Silvela" el poeta.

La enumeración es otro de los procedimientos clásicos, ejemplares, de lo elegíaco.

En su recuento, surgen la melancolía del instante, los lugares, los nombres perdidos, sin más asideros en el tiempo que su cita, la reducción final a un nombre.

*Una casa vacía, otra derrumbada,
un niño muerto al que le cuentan cuentos,
despedidos fantasmas que se desvanecen,
ceniza y hueso, piedras derrotadas.
Cuartos alquilados, repetidos espacios fugaces,
las huellas de los cuerpos en las sábanas,
una pesada resaca sin destino,
voces que nadie escucha, imágenes de sueños.
Innecesarias páginas, gaviotas en la ventana,
mar o desierto, blancos despojos,
signos y rostros en la pared de la memoria.*

Sucias pupilas de sol en México, tercios
los ojos redondos de la calavera
contemplan pasado, presente y futuro,
sombras tenaces, metáforas gastadas.
Miro sin ver lo que ya he visto,
humo disforme que se esfuma,
invisible mortaja bajo nubes fugaces.
Humo en la noche y la nada instantánea.

Era su “Autobiografía”, del libro *Los viajes sin fin*, editado en 1993.

Juan Luis Panero se había refugiado desde 1985 en Torroella de Montgrí, el pueblo gerundense de estos postreros años. Allí muere, en el último septiembre. Desde el distante refugio de este tiempo restarían los nombres, la enumeración de tantos rostros y tantos lugares. Era una forma de la enumeración, de la elegía.

Antes, a su regreso de la melancólica visita al cementerio de Cayambe, el poeta había escrito:

Busqué el único bar del pueblo y a punta de un dulzón aguardiente ecuatoriano dejé caer el telón sobre tantas visiones de la desolación y del fracaso. Al día siguiente, de regreso a Quito, empecé un poema que nunca pude acabar y en que hablaba de todo esto que ahora cuento.

BIBLIOGRAFÍA

- Barral, C. (2015). *Memorias*. Barcelona: Lumen.
- Benet, J. (1987). *Otoño en Madrid hacia 1950*. Madrid: Alianza Editorial.
- Benlloch, J. L. (5 de febrero de 2019). De nostalgia y plata: Alpargatero y la escuela de Valencia. *Aplausos*.
- Castellet, J. M. (1970). *Nueve novísimos poetas españoles*. Barcelona: Península.

- Cela Trulock, J. (1991). *Blanquito, peón de brega*. Madrid: Calambur.
- Hemingway, E. (1985). *The Dangerous Summer*. New York: Charles Scribner's Sons.
- Hemingway, E. (2011). *Por quién doblan las campanas*. Madrid: Lumen.
- Marzal, C. (1 de agosto de 2010). Blanquet, el banderillero visionario. *ABC*.
- Panero, J. L. (1989). Una tumba en Cayambe. *Quites*, 7. pp. 13-17.
- Panero, J. L. (1997). *Poesía completa*. Barcelona: Tusquets.
- Portabella, P. <http://www.elcinedeloqueyotediga.net/files/CapituloVI.htm>
- Villena, L. A. (2014). *Lúcidos bordes de abismo. Memoria personal de los Panero*. Barcelona: Fundación José Manuel Lara.



Fotografía 5.- Pepín Bello, Juan Benet y Domingo Dominguín. 1948.